

LA DOMA DEL MACHO



ME dieron cita en el Plaza Hotel a las ocho de la tarde. Al Plaza no es necesario describirlo. Cualquiera puede imaginarlo a partir de la idea de que aloja diplomáticos, ejecutivos extranjeros, estancieros con más de cien mil cuerdas de campo y autores de «best-sellers».

A las ocho, en el «hall», me esperaba el representante de la editorial Grijalbo. «Busquemos un lugar tranquilo», dijo. De inmediato, una señorita rubia y blanca al estilo nórdico: la secretaria de Esther Villar. Y, finalmente, la autora de «El varón domado». Nos sentamos en un rincón aislado.

—En la propaganda que distribuye su editorial la llaman el Marx de los hombres, ¿qué piensa de eso?

—Es un título que me dieron otros. Creo que mi libro es feminista. Pienso que las mujeres sólo pueden cambiar si consiguen verse tal como son. En mi opinión, las describo tal como son. Hay gente que no comparte esa opinión.

—Yo, por ejemplo. Pienso que usted describe a la mujer de una sociedad muy limitada y de una clase muy concreta. ¿Tiene una idea exacta de cuántos habitantes hay en el mundo?

—Creo que no es cierto. Describo a la mujer de los países industrializados de Occidente. Se trata de un libro para la clase media y alta, aunque también debo decir que en la clase baja se da la misma explotación del hombre..., pero

el rendimiento para la mujer que explota a un obrero no es tan bueno como para la que explota a un ingeniero o a un periodista. Pero en comparación a su marido, ella tiene siempre la mejor parte.

—A usted le parece que siempre la peor parte es hacer el trabajo del hombre.

—Eso de estar condenado desde que uno tiene quince años hasta que tiene sesenta a un trabajo donde no hay perdón ni excusas para dejar de hacerlo...

—Sí, es duro. Pero el problema consiste en que usted valoriza mu-

chamente hay en el mundo, pero esto no es un examen. Es una entrevista.

—¿Pero usted no lo sabe?

—Yo lo sé, pero esto no es un examen.

—No, no es un examen. Pero quiero saber si usted tiene claro que el mundo es un poquito más grande que ése que usted describe.

—Yo sé cuántos habitantes exac-

—Dígame usted, ya que lo sabe tan bien.

—Yo no le pido números, le pido proporción. ¿Qué proporción de la Humanidad pasa hambre?

—Ese no es el problema del libro. No estamos hablando de clases sociales. Estamos hablando de las diferencias entre hombre y mujer.

—Pero lo que pasa es que usted dice que es socióloga.

—Yo no soy socióloga, estudié sociología.

—Estudió sociología, pero no utiliza jamás los métodos de la sociología. Fíjese que ni siquiera me sabe responder qué proporción de la población mundial pasa hambre.

—Yo escribí en mi libro que miles de personas mueren de hambre.

—Pero no alcanza con que usted diga vagamente miles. Usted debe saber cuál es la proporción, porque una de las críticas que merece su libro es que usted jamás utiliza datos. Dice que ha estudiado sociología y jamás hace investigaciones de campo, nunca hace encuestas, nunca aporta estadísticas en su libro. Usted no puede decir «la mujer» y dejar afuera mil millones de mujeres o más.

—Dice que no traigo números. ¡No me diga!, ¡no me diga! ¿Usted leyó ese libro?

—Sí, tres veces. Al final trae dos o tres cifras, dos o tres.

—Mire... Vamos a tranquilizarlos. Yo creo que usted no vio bien ese libro.

María Esther Gillio

cho ese trabajo y desvaloriza totalmente el de la mujer en la casa, como si fuera una diversión, como si la mujer pudiera elegir hacerlo o no.

—La mujer puede elegir entre la vida de un hombre, de una criatura responsable, y la vida de una criatura de lujo, de un parásito.

—¿Pero por qué de lujo? Yo estoy hablando de la mujer de un obrero. Aun en el caso de un obrero de un país desarrollado. Además le dejé pasar una cosa. Usted me dijo que hablaba en el libro de los países industrializados. ¿Dónde lo dice? No lo dice nunca. Usted habla siempre de «las mujeres». ¿De dónde podría el lector deducirlo? Usted jamás dice «en este libro voy a describir la mujer de

mente hay en el mundo, pero esto no es un examen. Es una entrevista.

—¿Pero lo sabe, sí o no?

—No quiero decirlo, dígame usted.

—Tres mil millones.

—No llegan a tres mil millones. No estamos hablando de cuántos habitantes hay en el mundo, y yo sé que hay una gran parte de países, los comunistas, donde las mujeres están obligadas a trabajar.

—No era ahí que yo quería ir. ¿Sabe qué parte de la Humanidad se muere de hambre de acuerdo a los organismos internacionales?

—Yo escribí en mi libro que miles de personas se mueren de hambre.

—No miles, ¿cuántas?, ¿cuántas?

—Escúcheme...
—Déjeme hablar.
—Hable.
—Yo utilizo las estadísticas del «Women's Liberation».

—Usted utiliza las estadísticas del «Women's Liberation». Y el «Women's Liberation» utiliza las estadísticas de los Estados Unidos. Y los Estados Unidos son un país superdesarrollado, y entonces mi pregunta sigue en pie.

—Yo le dije que estoy escribiendo sobre los países desarrollados.

—Y yo le digo que usted no lo dice en ningún momento de su libro. Y entonces su libro carece de una cosa fundamental, honestidad. Usted debía haber dicho: «Voy a referirme a una parte de la Humanidad que alcanza a tal o cual proporción de la misma, voy a referirme a la mujer de tal o cual área».

—Mire, si usted no sabe leer mejor un libro, entonces usted se equivocó de profesión...

—Tal vez yo me equivoqué de profesión.

—Porque todos los ejemplos que están en este libro son ejemplos de estos países.

—Aun en esos países, ¿usted cree que hay muchas mujeres como las de su ejemplo, que son dueñas de un MG?

—Mire, sobre esta base no podemos discutir.

—Por supuesto, yo no pienso tomar eso como tema de discusión, sino como ejemplo de lo que usted hace a través de todo el libro. Trae un caso particular y lo generaliza. ¿Por qué en vez de contar la historia del MG amarillo no contó la historia de una mujer que trabaja ocho horas y luego plancha, cocina y lava? Son muchas más que las que tienen un MG amarillo. Es muy poco científico todo lo que usted dice.

—La pregunta que usted tendría que ponerme es cuántas mujeres que tienen un MG son capaces de cambiarle la rueda.

—Puedo hacerle esa pregunta, pero no adelantamos nada.

—Pero es increíble que usted me haga un examen sobre la cantidad de personas que hay en el mundo, si eso lo sabe cualquier niño que va al colegio. ¿Usted cree que yo soy tan estúpida para no saber eso?

—Usted no es estúpida, pero es muy astuta.

—¿Por qué?

—Porque tomé un grupito de mujeres que no representan nada y, a través de ellas, describí a las mujeres. Sus generalizaciones son de antología.

—Al hablar de la mujer tengo que generalizar. De lo contrario, yo podría escribir una novela sobre la mujer. Yo no sé si usted leyó la dedicatoria de este libro. Allí se dice que las excepciones no están descritas.

—Sí, las excepciones son para usted las mujeres no venales, las mujeres no venales de ese mundo que usted describe. Seguimos en lo mismo. Las mujeres de los mineros, de los campesinos, las que trabajan al igual que sus maridos en oficinas y luego en sus casas, ¿dónde están?

—Usted puede tener la opinión que quiera sobre este libro. Yo no se lo impido. Yo creí que usted quería hacerme preguntas y no exponer su opinión aquí.

—Yo no puedo hacerle más preguntas que aquellas que me aclaran si usted es consciente o no de los errores que comete en ese libro.

—Hágame preguntas cortas y precisas y yo se las responderé.

—¿Está contenta de ser una mujer?

—Creo que las mujeres en general viven en un nivel tan bajo... que no estoy contenta. Por otra parte, no quisiera ser un hombre tampoco, porque un hombre es un ser que es explotado de tal manera que no es envidiable. Así que en realidad no me gusta ninguno de los dos roles. Pero soy mujer y lo acepto y describo algo que conozco muy bien. Yo no soy un ser excepcional.

—Que usted se sienta o no excepcional no importa. Lo claro es que tiene una mentalidad absolutamente femenina en el sentido en que usted la describe. Quiero decirle que usted actuó en ese libro

con el sentido irracional que le atribuye a las mujeres.

—Yo acepto su opinión sobre mi libro, pero no pretenda que la comparto.

—No lo pretendo. Pero usted dice en su libro que las mujeres limitan su inteligencia, yo le digo que usted en este libro no escapó a eso y actuó con gran astucia, viveza y poca racionalidad. El espíritu científico que le atribuye al hombre no lo utilizó jamás.

—¿Usted qué definiría por espíritu científico?

—Tomar las metodologías que proponen las ciencias: la sociología, la psicología, la antropología, la psicología social, la economía. Usted no usa una metodología aceptable por nadie medianamente exigente. Su método es éste: toma un hecho aislado, irrelevante, y, a partir de allí, generaliza y generaliza al correr de la pluma.

—Usted es periodista y puede escribir lo que quiera.

—Pero lo que yo quiero es darle la oportunidad de defenderse. Pensé que podría decirme «esto no es verdad por tal o cual cosa».

—Pero es que usted no me deja hablar.

—Sí que la dejo. Hable.

—Utilizo los mismos datos que utiliza el «Women's Liberation».

—Pero yo le insisto en que esos datos no sirven para todo el mundo, sólo para los Estados Unidos.

—No. Existen «Women's Liberation» en todo el mundo. Hasta en Brasil.

—Sí, pero los poquísmos que usted usa en su libro son para los Estados Unidos.

—Sí, pero yo digo que los Estados Unidos son un modelo para los otros países. Cuando suba el nivel en la India, también las mujeres de la India van a hacer lo mismo que allí, porque ya tenemos la prueba. Cuando la mujer llega a un nivel social más alto, ¿quién deja de trabajar?, ¿el hombre o la mujer? Deja de trabajar la mujer. Dígame, ¿no piensa usted nunca en las injusticias que hay respecto del hombre aquí en la Argentina? Los hombres se jubilan a los sesenta, las mujeres a los cincuenta y cinco. Los hombres van al servicio militar, las mujeres no.

¿Qué motivo hay para esto?
—Si usted no va al comienzo de las cosas, esa pregunta no tendrá una respuesta justa. Si no piensa en el rol que la maternidad determinó para la mujer...

—Si usted piensa que estar con niños es algo tan horrible y repugnante...

—En ningún momento dije ni horrible ni repugnante, sino algo totalmente diferente. Digo que mientras el hombre realiza una tarea que lo trasciende y lo realiza, la mujer queda estabilizada en una tarea repetitiva que no la realiza como persona.

—¿Ir a una fábrica es realizarse?

—Ir a una fábrica puede ser frustrante; por supuesto, hay muchos trabajos frustrantes y muchos hombres frustrados. Lo que digo es que fue el hombre el que tuvo la posibilidad, por la división del trabajo que la maternidad determinó, de enfrentar al mundo y de cambiarlo. Eso le da otro signo a su vida y otra dimensión a sus acciones. La mujer, en cambio, limitó por su función biológica sus horizontes, sus intereses.

—A mí me gustan muchísimo los niños.

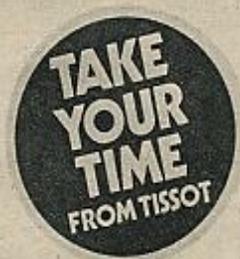
—¿Ah, sí? A mí también. Y si no nos gustaran, ninguna de las dos se atrevería a decirlo, porque nuestra imagen quedaría totalmente deteriorada. Así que no hablemos de eso. Usted tiene un hijo, yo tengo dos, me imagino que ambas los amamos como la mayoría de las madres de este mundo.

—Yo creo que los niños son una cosa bellísima y no entiendo cómo es la mujer la que tiene el privilegio de tener la parte más fácil de la vida, estar con niños, que es una cosa muy interesante, mientras el hombre debe irse por toda su vida, desde los quince años hasta que casi está muerto, todos los días, a unas tareas tan terribles.

—Sin embargo, el hombre nunca formó un movimiento para quedar

La mujer puede elegir entre la vida de un hombre, de una criatura responsable, y la vida de una criatura de lujo, de un parásito.





Cuando un suizo compra un reloj, sabe muy bien lo que se trae entre manos (y lo que se lleva en la muñeca)

Cada pueblo tiene una especialidad en el reparto internacional del gusto y de las vocaciones. Los suizos son especialistas en relojes.

Se puede decir que ellos inventaron el arte de medir el tiempo con precisión. Y que entienden de relojes más que nadie. Vocacionalmente. Sin competencia posible. Cuando un cosaco monta un caballo, un francés cata un borgoña, un alemán interpreta a Beethoven, un inglés saborea su té, un español siente un Goya, estamos

ante expertos que saben lo que se traen entre manos. Cuando un suizo compra un reloj, estamos ante un experto que sabe lo que se lleva en la muñeca.

Y los suizos, en su mayoría, eligen TISSOT, el reloj más vendido en el país más experto en relojes.

TISSOT SEASTAR Caballero, Automático, calendario, impermeable. Caja y brazalete de acero.

TISSOT PR 516 Señora, Automático, calendario, impermeable. Caja y brazalete de acero.



TISSOT - Autenticamente suizo



LA DOMA DEL MACHO

se en la casa y cuidar a los niños.

—Porque él fue educado por su madre, que es la persona de referencia a su infancia. Ella lo formó para la tarea que tendría luego.

—Volvamos a su libro. Usted dice que la mujer... voy a leerse-lo: «El hombre le procura a la mujer acceso a los más elevados honores, la alma a que ejerza su derecho electoral». ¿Usted no cree que eso la mujer lo conquistó con sudor y lágrimas?

—¿Por qué la mujer no es política? ¿Quién se lo impide ahora?

—Para la mujer no es fácil. Vivimos en una sociedad dominada por el hombre. La sociedad siempre ha sido masculina. El poder político siempre estuvo en manos de los hombres.

—Eso lo dijo un hombre.

—Sí, Lévy-Strauss.

—Yo sé lo que digo yo.

—Ahí está el problema, que tenemos que tener en cuenta la ciencia y no manejarnos con caprichosas fantasías científicas.

—Debo recurrir otra vez a su libro. Usted dice: «Cuando una mujer joven y hermosa puede elegir entre un hombre mayor y otro más joven ha sido masculina. Ingresos, elige siempre el más joven, porque probablemente podrá alimentarla durante más tiempo». ¿Para usted el sexo no existe?

—Sí, existe, pero las mujeres han condicionado su deseo sexual. A través del sexo que ellas no tienen, del que no disfrutan, pueden obtener otras cosas que son más importantes.

—¿Las mujeres no disfrutamos del sexo?

—Disfrutan cuando no tienen otra cosa más importante, tal como obtener ventajas materiales... vendiendo la utilización de su vagina al hombre. Ellas tratan de no hacerse excitar por el deseo sexual para tener la cabeza libre. Usted tiene una prueba muy simple: no hay prostitución de hombres. Las prostitutas son mujeres. Los hombres no son prostitutos porque las mujeres no los necesitan, no necesitan del sexo.

—Usted empieza por olvidar la fisiología masculina y la femenina. ¿Cuántas veces puede un hombre y cuántas puede la mujer hacer el amor? El hombre, para hacer el amor, precisa deseo; la mujer, no. Un hombre con esa profesión se moriría de hambre. Además, la sociedad determina una moral sexual muy restringida para la mujer y muy abierta para el hombre. ¿Para qué pagaría una mujer? La oferta la desborda por las razones que acabo de darle. Y todavía, la mujer está condicionada culturalmente para acceder al sexo por amor. El hombre ha sido condicionado para disfrutar de su sexo desvinculado del amor. Y aún: el deseo en la mujer está a veces disminuido por todas las consecuencias que tiene para ella el sexo y que al hombre le son ajenas: defloración, embarazo, parto.

—La mujer no tiene ahora tantos

problemas porque tiene la píldora y muy a menudo dice al hombre que toma la píldora y no la toma, para quedar embarazada y atarlo para el resto de sus días. Para que trabaje para ella y sus crías hasta el día de su muerte.

—Otra vez toma un caso entre miles y lo generaliza... Veamos otra frase: «El varón que ama a su mujer y desea por encima de todo la felicidad de ésta, produce para ella el lápiz de labio beso resistente, el "make up" lágrima resistente para los ojos, la ropa interior "one time"...», etcétera. Yo me pregunto dónde queda, con esta afirmación suya, toda la sociedad de consumo. Me imagino los químicos de Ponds y de Elizabeth Arden inventando cosas exquisitas para complacer a las mujeres... Pero, ¿y las leyes de la sociedad de consumo?

—Esas cosas se hacen para las mujeres, porque son las que tienen dinero y consumen. En Estados Unidos, el ochenta y tres por ciento de lo que se gasta diariamente, lo gastan las mujeres. Y los modistas trabajan para las mujeres. ¿Por qué para las mujeres?

—Porque esos modistas pertenecen a una sociedad donde el hombre quiere tener, además de un buen auto, una mujer bien vestida que propague su «status».

—Las mujeres son las pobres víctimas que tienen que consumir.

—Somos unas pobres víctimas sin conciencia de serlo en una sociedad donde el hombre se ha adjudicado el papel del que la transforma y le ha adjudicado a la mujer el de la madre, convenciéndonos a un tiempo de que para una mujer eso es lo máximo, la suprema realización. Si no estuviéramos en una lucha constante desde hace años, seguiríamos mirando la calle a través de las persianas.

—Usted analiza mal este libro. Este libro es un panfleto.

—Sí, eso es evidente.

—Y es mi opinión muy personal, mi interpretación de los hechos. Si usted quiere leer datos estadísticos, los lee en cualquier libro.

—Yo no quiero leer datos estadísticos por leerlos. Quiero datos estadísticos que funden sus opiniones.

—Si algún día cambiara de opinión, lo escribiría diciéndolo. Está segura.

—Yo le creo. Además sería otro «best-seller». La autora de «El varón domado» cambió su visión del hombre y la mujer. Lo espero para dentro de dos años.

—¿Si yo no escribo ese libro usted puede interpretar que no soy una persona que busca ganar dinero?

—Se lo prometo. Seguimos. Usted dice en la página dieciséis que el varón pasa el día humillado para ganar dinero para su mujer, «ya que los varones no dan ningún valor al lujo». Pero, ¿y el deseo de poder del varón?

—Usted habla como un hombre. Usted repite la idea de Kant o



No quisiera ser un hombre tampoco, porque un hombre es un ser que es explotado de tal modo que no es envidiable.

Freud. Tenemos que hacer un mundo de mujeres ahora.

—Pero si usted repite hasta el cansancio en el libro que las mujeres no tienen más que ideas estúpidas o ninguna idea y que los hombres son inteligentes... Por ahora hay que recurrir a los hombres, por lo menos en los temas en que ellos profundizaron.

—Yo no digo que la mujer nazca con menos inteligencia que el hombre, sino que la estupidez es un lujo que sólo pueden darse las mujeres. Usted ha leído este libro tres veces.

—Sí.

—Eso quiere decir que es un libro interesante.

—Eso quiere decir que tenía que entrevistarla. De cualquier manera, hay mucha gente para la cual el libro es interesante. Usted lo sabe; ha ganado mucho dinero con él.

—¿No es una justificación para un escritor haber escrito un libro interesante?

—Sí, seguramente sí.

—No es un libro perfecto y yo no soy una persona perfecta. Muchas cosas tiene para criticar este libro. Muchas feministas lo hacen. En realidad es un libro muy deseperado.

—Es desesperado porque confunde el enemigo. El enemigo no es la mujer, como tampoco es el hombre. El enemigo es el sistema.

—Yo soy feminista. La liberación de la mujer es la liberación de sus privilegios. El hombre es el esclavo y ofrece cosas para que la mujer lo acepte. Paga, corrompe. Ella tiene el poder. El que paga a otra persona está dependiente de esa persona.

—Sí, el amo depende también

del esclavo, la relación nunca es unilateral, pero el amo sigue siendo el que tiene el poder económico: el hombre en este caso.

—Eso no es ser el amo. El amo es el que manda al otro por treinta o cuarenta años a una fábrica. Usted habla de los que mueren de hambre, ¿sabe que todos éstos podrían alimentarse con lo que las mujeres gastan en pintura?

—¿Es decir, que si dejáramos de pintarnos arreglaríamos el problema de la miseria?

—Las mujeres gastan millones y millones en cosmética cada año. ¿Usted no lo sabe?, ¿de qué se ríe?

—Me hace gracia su razonamiento.

—¿Por qué le hace gracia?, es muy grave.

—Me cuesta ver ese problema de los cosméticos aislado, tomado como bandera de lucha.

—Las mujeres son crueles y cada día tienen más poder y el hombre cada día menos.

—Me parece que las propuestas matrimoniales deben abrumarla.

—Siempre hay locos.

—En definitiva, ¿cuál es su solución?

—Yo trato a través de este libro que la mujer sea consciente. La única que podría cambiar la sociedad es la mujer.

—¿Cómo podría cambiarla?

—Siendo un poco más comprensiva.

—¿Cree que con cambios en las conductas individuales es posible cambiar la sociedad?, ¿cambiar las estructuras sociales?

—Sí, es posible con la suma de comportamientos determinar una estructura diferente. ■ M. E. G.